

—Sí. Y el Sr. Lestrade, de Scotland-Yard, cree que Flora consiguió hacer salir á mi esposa con cualquier pretexto para vengarse.

—Es posible.

—¿Qué? ¿Sois de la misma opinión?

—Yo no he dicho probable, sino posible. ¿Y vos? ¿Creéis lo mismo que el Sr. Lestrade?

—No. Considero á Flora incapaz de hacer el menor daño, ni á una mosca siquiera.

—No obstante, á veces los celos cambian por completo el carácter. Y... ¿cuál es vuestra opinión respecto de lo ocurrido?

—Realmente, yo he venido aquí á preguntaros la vuestra, no á deciros la mía. Pero en vista de que deseáis conocerla, os diré que las emociones del día, el cambio tan brusco y tan enorme de posición social, tal vez hayan influido en ella hasta el punto de producir algún desorden nervioso en su cerebro.

—¿Es decir que, según vos, se ha vuelto loca?

—Verdaderamente, pensando en que ha vuelto las espaldas—no diré á mí, sino á todo lo que muchas otras han deseado inútilmente,—no hay otra explicación.

—Sí... tal vez—dijo Holmes sonriendo.—Y ahora, señor, la última pregunta: ¿Estábais sentado en la mesa frente á la ventana?

—Sí; y desde mi asiento veía el jardín y la acera de enfrente.

—Muy bien. Bueno, ya tengo bastante con lo que me habéis dicho. Yo os escribiré.

—Si sois bastante afortunado para resolver este problema...—dijo nuestro cliente, levantándose.

—Lo he resuelto ya.

—¿Eh?

—Digo que ya está resuelto.

—Entonces, ¿dónde está mi mujer?

—Eso lo sabré dentro de unos minutos.

El aristócrata sacudió la cabeza.

—Mucho temo que, á pesar de vuestro talento, no consigamos nada—dijo.

Y haciéndonos una reverencia señorial y un poco antigua, salió.

—Lord Saint-Simón me hace un gran honor poniendo mi inteligencia al nivel de la suya—dijo Holmes riendo.—Pero hablando de otra cosa. ¿Me parece que con este interrogatorio me he ganado honradamente un *whisky and soda* y un cigarro? ¿No?

Y después de saborear la bebida y encender el puro, continuó:

—Antes de entrar ese hombre ya tenía señalado mi plan de conducta.

—¿De veras?

—Sí, he intervenido en muchos casos análogos, aunque el desenlace no fuera en ninguno tan rápido como en éste. El interrogatorio no ha hecho más que cambiar en certeza mi suposición. El procedimiento de inducción es casi siempre infalible, sobre todo cuando se encuentra una trucha en leche, como decía Thorcan.

—Pues yo he oído lo mismo que vos, sé en este

caso, y, sin embargo, no podría formular juicio alguno.

—Porque no os pueden servir de base otros iguales, como el que tuvo lugar en Aberdien hace algún tiempo, y el que ocurrió en Munich al año siguiente de la guerra franco-prusiana. Por cierto que... ¡Calla! ¿Aquí está Lestrade? Buenas tardes, querido. Aquí tenéis un vaso de *whisky* y un cigarro.

El *detective* venía disfrazado de marinero con una amplia blusa azul y una corbata flotante; en la mano traía un saco de tela negra. Saludó secamente, se sentó y encendió el cigarro que le ofreció mi amigo.

—¿Qué hay?—dijo Holmes, guiñándome un ojo.— Parece que no estáis muy contento.

—No sé. Estoy aturdido con este maldito asunto de la boda de lord Saint-Simón, que no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Sí? ¡Caramba!

—¿Cuándo se ha visto un lío semejante? No se encuentra ninguna pista. Y eso que he trabajado durante todo el día.

—¿Dónde os habéis mojado?—dijo Holmes poniéndole la mano en la manga de la blusa.

—En la draga de la Serpentina.

—¿Y para qué habéis hecho eso, Dios mío?

—Para buscar el cuerpo de lady Saint-Simón, Holmes soltó la carcajada.

—¡Já! ¡já! ¡já!... ¿Y habéis dragado también el pilón de Trafalgar Square?

—¿Por qué?

—Porque—contestó Holmes ya serio—iguales probabilidades teníais para encontrarla en uno como en el otro sitio.

Lestrade le lanzó una mirada de cólera.

—Entonces—dijo riendo entre dientes—voslo sabéis ya todo, ¿no es eso?

—Os doy mi palabra de que no sé más que la narración de los hechos; pero ya tengo formada mi opinión.

—Es natural. ¿Y creéis que la Serpentina no descubrirá nada?

—Creo que no.

—Entonces, tened la bondad de explicarme cómo hemos encontrado esto.

Y abriendo el saco nos enseñó un traje de seda, unos zapatos blancos, una corona y un velo.

—Ved—dijo poniendo una sortija de enlace encima del montón de ropa mojada,—¿qué opina de esto el Sr. Holmes?

—¡Oh! Realmente...—contestó mi amigo lanzando azules humaredas contra el techo.—Y ¿habéis encontrado eso con la draga?

—No; un guardia lo encontró flotando cerca de la orilla. Hemos comprobado que todo pertenecía a lady Saint-Simón y, por lo tanto, el cuerpo no debía andar muy lejos.

—¡Hombre! Con ese razonamiento, toda persona debe hallarse siempre al lado de su armario. Y decidme, ¿á dónde váis á ir á parar?

—A que Flora Millar es culpable de la desaparición de la recién casada.

—Me parece que eso es un poco difícil.

—¿Lo creéis difícil?—dijo Lestrade con cierta amargura.—Mucho temo, querido Holmes, que, á pesar de vuestra lógica y de vuestras deducciones, carezcáis de espíritu práctico. En poco tiempo habéis cometido dos errores tremendos. Solamente este traje es una acusación terrible contra Flora Millar.

—¿Cómo?

—En el traje hay un bolsillo, en el bolsillo un tarjetero, en el tarjetero una carta. Vedla.

Y apoyando una mano sobre la mesa, leyó:

«Procuraré que todo esté dispuesto para cuando nos veamos. Venid inmediatamente. F. H. M.»

—Ahora, amigo Holmes—continuó doblando la carta—voy á explicaros lo que yo pienso acerca de esto. Yo creo que lady Saint-Simón acudió á la cita de Flora Millar, por medio de esta carta, firmada con las iniciales de la bailarina, y que ha servido para hacer caer á la recién casada en manos de Flora y de sus cómplices.

—¡Muy bien, Lestrade!—contestó Holmes riendo.—Veo que sois un espíritu atrozmente sagaz. Dejadme ver un momento...

Cogió el papel con ademán de indiferencia; pero á medida que lo leía se interesaba más y, por último, lanzó un grito con aire satisfecho:

—¡Oh! ¡Oh! Esto es importantísimo...

—¡Ah! ¿Ahora lo...?

—Ya lo creo. Os felicito calurosamente.

Lestrade se levantó triunfalmente y se acercó á Holmes.

—Pero,—gritó mirando el papel—estáis leyendo en el reverso.

—No; al contrario, en el anverso.

—¿Estáis loco? Al otro lado es donde está la cita escrita con lápiz.

—Y ved aquí el fragmento de una cuenta de hotel interesantísima.

—Ya la he leído—contestó Lestrade—y no he visto en ella nada de particular: «4 de Octubre: cuarto, ocho chelines; almuerzo, dos chelines y seis peniques; cok-tail, un chelín; un vaso de sherry, ocho peniques». Esto es insignificante.

—Quizás, según vos; pero yo creo que tiene una gran importancia. En cuanto á lo escrito con lápiz, también tienen su valor las iniciales, y por eso os felicite y os felicito.

—Buena; ya he perdido bastante tiempo—contestó Lestrade levantándose,—yo confío mucho más en los trabajos serios y de sólidas bases, que en las quimeras y teorías que se forjan delante de la chimenea. Hasta la vista, Sr. Holmes, y ya veremos quién llega antes á una solución.

Cogió apresuradamente el traje y los zapatos, los metió en el saco y se dirigió hacia la puerta.

—Oid, Lestrade. Una sola palabra: lady Saint-Simón, es un mito. No existe, ni existió nunca.

Lestrade miró compasivamente á Holmes. Luego, volviéndose hacia mí, se llevó la mano á la frente, y moviendo la cabeza, salió del cuarto.

Apenas había cerrado la puerta, cuando ya Sherlock Holmes, estaba en pie.

—Hay algo de verdad en lo que ha dicho—murmuró poniéndose el gabán,—y por lo tanto, voy á variar un poco el orden de mis pesquisas. Adiós, Watson, os dejo entregado á vuestros periódicos.

Eran más de las cinco cuando me dejó Sherlock Holmes; pero no tuve tiempo de aburrirme, porque poco antes de las seis llegó el dependiente de una pastelería, y detrás de él un chico con una gran cesta. Abriéronla, y entre los dos llenaron nuestra modesta mesa de caoba, con una espléndida comida, compuesta de cuatro becadas frías, un faisán, un pastel de *foie-gras* y dos ó tres botellas cubiertas de añoso polvo. Una vez cumplida su misión, desaparecieron como dos genios de *Las mil y una noches*, sin decir más que todo estaba pagado.

A las nueve llegó Holmes precipitadamente. A pesar de la seriedad del rostro, comprendí por sus ojos brillantes que estaba satisfecho de sus gestiones.

—¡Calla! ¿Está ya preparada la comida?—dijo fro-tándose las manos.

—¿Esperáis á alguien? Han puesto cinco cubier-tos.

—Sí; espero á algunos invitados y me extraña que no esté aquí ya lord Saint-Simón... ¡Ah! Ahí sube.

En efecto, era nuestro visitante de por la mañana; parecía muy agitado y martirizaba entre los dedos el cordón de los lentes.

—¿Habéis recibido mi carta?—preguntó Holmes.

—Sí, y por cierto me sorprendió mucho. ¿Estáis completamente seguro de lo que decís?

—Completamente.

—Lord Saint-Simón se dejó caer en una silla y se pasó la mano por la frente sudorosa.

—¿Qué dirá el duque—murmuró—cuando sepa que un miembro de su familia ha sufrido semejante humillación?

—Yo no veo nada humillante.

—¡Claro! Vos juzgáis la cosa desde otro punto de vista.

—No, desde el mismo. La señora Doran no podía obrar de otra manera, aunque pudo elegir ocasión menos inoportuna. Sin madre carecía de apoyo y de consejo.

—Pero esto es un insulto, un insulto público, señor Holmes—dijo lord Saint-Simón tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Debéis ser indulgente con esa pobre muchacha.

—No, de ningún modo. Estoy furioso por haberme dejado engañar tan villanamente.

—Me parece han llamado—dijo Holmes.—Sí, suben la escalera. Puesto que no consigo—continuó, volviéndose hacia el aristócrata—convenceros, creo que este abogado tendrá más suerte que yo.

Y abriendo la puerta rogó que entraran á un hombre y una mujer que esperaban en el pasillo.

—Permitidme, lord Saint-Simón, que os presente á mister y mistress Francis Hay Monlton. A esta última me parece que ya la conocéis.

Al ver á los recién venidos, el aristócrata se levantó bruscamente, y rígido, con los ojos fijos en el suelo, la mano sobre el pecho, entre dos botones de la levita, tomó la actitud de un hombre cuya dignidad recibiera cruel herida. La señora Monlton se adelantó vivamente tendiéndole la mano; pero él pareció no verla. Estoy seguro que su rencor se hubiera disipado si hubiera visto aquel encantador rostro de mujer suplicante.

—Estoy disgustada, Roberto—dijo la señora Monlton,—y comprendo que no me faltan razones para ello.

—Suprimid las excusas, os lo ruego—contestó amargamente el aristócrata.

—¡Oh, sí! Comprendo que me he portado muy mal y que debía haberos explicado todo antes de partir... Pero estaba loca, Roberto, desde que ví á Frank. No sabía qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer. Todavía estoy asombrada de no haber caído al pie del altar...

—Tal vez, Mr. Monlton—observó Holmes,—os agradaría que nos retirásemos mi amigo y yo y os dejásemos en completa libertad.

—No; si tengo derecho á exponer mi opinión os ruego que no marchéis. Basta ya de misterios. Mi

deseo sería que Europa y América enteras conociesen la verdad.

Mr. Monlton era un hombre bajito, seco, de ademán brusco y quemado por el sol su rostro inteligente, de ojos sagaces y labios delgados.

—Yo lo diré todo—continuó su mujer.—Frank y yo nos conocimos el año 1881 en el campo de MacGuise, cerca de las montañas Rocosas, donde papá trabajaba en las minas. Nos pusimos en relaciones; pero de pronto mi padre tiene la suerte de hallar un rico filón, mientras que Frank continuaba trabajando inútilmente.

A medida que aumentaba la fortuna de papá, Frank era más pobre; tanto, que papá pretendió destruir el noviazgo y me llevó á Frisco. Pero Frank no podía resignarse á vivir sin mí; nos siguió y continuamos viéndonos sin que mi padre lo supiera. Un día, Frank me dijo que marchaba en busca de un filón como el nuestro y que no volvería hasta ser tan rico como papá. Yo entonces le juré que le esperaría indefinidamente y que no me casaría mientras viviera él. «¿Queréis que nos casemos en secreto?—me contestó.—Os prometo que no exigiré nada de vos hasta que vuelva rico; pero de este modo estaré más tranquilo.»

Después de pensarlo mucho nos decidimos, y un pastor amigo de Frank nos casó sin que nadie se enterara. Luego Frank partió en busca de la suerte y yo permanecí con papá.

La primera carta que tuve de Frank estaba fe-

chada en Montana, y la última en Nueva Méjico. Después leí en los periódicos la trágica narración de un campamento minero atacado por los indios apaches, y el nombre de mi Frank entre los muertos. Caí desmayada, y de resultas de ello estuve enferma mucho tiempo. Papá me creyó perdida y consultó á todos los médicos de Frisco. Durante más de un año no volví á saber más de Frank, lo cual me parecía muy lógico, puesto que lo creía muerto. Entonces vino lord Saint Simon á Frisco, luego vinimos nosotros á Londres, se estrecharon las relaciones, y, por último, se concertó la boda. Papá estaba muy contento, pero yo no, pues comprendía que nadie, absolutamente nadie, podría reemplazar en mi corazón á mi pobre Frank.

Sin embargo, si no hubiera pasado lo que ha pasado, yo hubiera cumplido con mi deber, y lord Saint Simon no tendría que reprocharme lo más mínimo. Si al corazón no se le manda, se puede hacer que la voluntad nos obedezca. Yo fui al altar resuelta á ser una buena esposa. ¡Juzgad cuál sería mi espanto cuando al pasar por delante del primer banco ví á Frank que me miraba fijamente!... Al principio creí que era una alucinación mía; pero luego ví que era él, él en cuerpo y alma, y mirándome con sus ojos serenos y taladrantes. Todo giró en torno mío, y las palabras del cura fueron como runruneo de abejas. No sabía qué hacer. ¿Detener la ceremonia y dar un escándalo en la iglesia? Miré á Frank, y como si él hubiera comprendido mi pensamiento, se

llevó un dedo á los labios, aconsejándome el silencio. En seguida, sacando un papel del bolsillo, se puso á escribir. A la salida, cuando pasamos á su lado, dejé caer el ramo, y Frank, al devolvérmelo, me entregó la carta donde no decía más que fuera en su busca, cuándo y dónde me citara. Mi resolución ya estaba tomada. Mi deber era seguirle y obedecerle en todo.

Ya en casa, me confié á mi doncella que había conocido á Frank y protegido nuestros amores en California. La ordené que guardara el mayor secreto y tuviese dispuesta, para cuando yo se la pidiera, una bolsita con lo más indispensable y uno de mis abrigos largos. Comprendo que debía haber enterado á lord Saint Simon de lo que ocurría; pero me resultaba muy penoso delante de su madre y de toda aquella gente tan encopetada. Decidí escapar lo primero, y luego vendrían las explicaciones. Apenas hacía dos minutos que estaba sentada á la mesa cuando ví por la ventana á Frank que me hacía señas de que fuera. Salí del comedor, me puse el sombrero y el abrigo y fui en busca suya. A los pocos pasos me detuvo una mujer, que me contó no sé qué cosas respecto de lord Saint Simon, y que, á juzgar por lo poco que ví, demostraban que también lord Saint-Simón había tenido una pequeña aventura misteriosa antes de su matrimonio. Logré desembarazarme de aquella mujer y reunirme con Frank. Tomamos inmediatamente un coche y en el cuarto que había alquilado Frank en Gordon Square, abra-

cé á mi marido, á mi legítimo marido, después de tantos años de espera... Luego me contó su historia. Estuvo prisionero de los apaches, y cuando logró escapar é ir á Frisco, se enteró que yo le había creído muerto y que estaba en Inglaterra, salió en seguida en busca mía y llegó á Londres el mismo día de mi segunda boda.

—Leí en un periódico el anuncio de la ceremonia—interrumpió el americano;—decían los nombres de los novios, de los invitados y de la iglesia; pero no el de la calle donde vivían,

—Después—continuó Mistres Moulton—discutimos acerca de lo que debíamos hacer. Frank opinaba que debía contarse todo francamente; pero yo sentía tal vergüenza, que mi deseo hubiera sido desaparecer para siempre y no volver á oír hablar de ninguna de las personas que intervinieron en este asunto. Por último convinimos que yo escribiese una carta para tranquilizar á mi padre y abandonar Londres inmediatamente. Frank hizo un lío con mi traje de boda y lo arrojó al río creyendo que nadie lo encontraría. Pensábamos salir mañana para París, cuando este Sr. Holmes vino á vernos, sin que yo sepa cómo pudo dar con nosotros, y nos convenció de que Frank tenía razón y de que hacíamos muy mal huyendo del modo que pensábamos hacerlo. Se comprometió á proporcionarnos una ocasión de hablar á solas con lord Saint-Simón, y aceptamos. Ahora, Roberto, ya sabéis toda la verdad; yo siento con toda mi alma haberos causado este gran disgusto y

espero de vuestra bondad que me perdonéis generosamente.

Lord Saint-Simón no había cambiado su actitud rígida. Sus cejas permanecieron fruncidas y cerrados sus labios durante todo el relato.

—Dispensadme—dijo—pero no acostumbro á discutir públicamente mis asuntos íntimos.

—Entonces, ¿no queréis perdonarme? ¿No queréis darme la mano antes de que me vaya?

—No tengo inconveniente.

Y adelantando el brazo estrechó friamente la mano que ella le tendía.

—Espero, señores—dijo entonces Holmes—que aceptaréis esta comida de reconciliación.

—Pedís demasiado—contestó secamente el lord.—He tenido que someterme á los acontecimientos; pero de ningún modo podéis exigirme que los celebre. Así es que, con vuestro permiso, me retiro. Buenas noches, señores.

Y envolviéndonos á todos en un mismo saludo, salió gravemente.

—Espero que los señores Moulton—dijo Holmes volviéndose al matrimonio—serán más amables que lord Saint-Simón y nos concederán el honor de comer con nosotros. Para mí es siempre muy grato conocer y tratar á un americano, pues yo soy de los que creen que la locura de un rey y la torpeza de un ministro no impedirá á nuestros hijos que el día de mañana sean los ciudadanos de un mismo imperio, bajo la bandera estrellada de la *Unión Yack*.

—Realmente ha resultado un caso lleno de interés—me dijo Holmes cuando se marcharon nuestros invitados—porque ha demostrado una vez más lo prontamente que se resuelven las cosas que parecen complicadísimas á primera vista. Nada más natural que los hechos explicados por la señora Moulton, y nada más absurdo que las suposiciones del Sr. Lestrade, de Scotland-Yard.

—Y una vez más me convenzo de vuestro talento.

—No, si todo era muy sencillo... Desde el principio ví claramente dos cosas: primero, que miss Doran iba por su gusto á la ceremonia; segundo, que lady Saint-Simón volvía disgustada á la ceremonia. Indudablemente tenía que haber ocurrido algo en la iglesia para que se hubiera verificado ese cambio tan brusco. La joven no podía hablar con nadie, puesto que iba con su prometido; pero, en cambio, podía ver á cualquiera, y este cualquiera tenía que ser americano, porque llevando miss Doran muy poco tiempo en Londres no podía conocer á una persona que ejerciese tal influencia sobre ella. Ya veis cómo por una vulgar serie de deducciones venimos á parar en que la joven había visto á un americano. ¿Quién sería este americano y por qué tenía semejante poder sobre ella? ¿Un amante? ¿Un esposo? Ya sabíamos que la hija de Aloynus Doran había sido educada en un medio primitivo y extraño, donde caben todas las libertades y todas las audacias. Luego, cuando Saint-Simón nos habló del hombre sentado en el banco y del cambio observado

en su futura y de la caída del ramo—antiguo artificio para recibir cartas secretamente—de la entrevista de Lady Saint-Simón con la doncella, su confidente, y de su frase tan expresiva de «arrancar una concesión»—lo cual en el argot minero significa apoderarse de una cosa que pertenece de derecho á otro—todo lo comprendí claramente. La joven había huído con un amante ó con un esposo, más bien con esto último.

—¿Pero cómo demonios dísteis con ellos?

—Quizás me hubiera sido muy difícil sin los datos que Lestrade tenía, ignorante de su valor, si bien es verdad que las iniciales podían servir de mucho, servía de más saber que el americano había pagado una cuenta en uno de los hoteles más caros de Londres.

—¿Cómo habéis adivinado eso?

—Por los precios. Ocho chelines por un cuarto y ocho peniques por un vaso de sheny indicaban uno de los hoteles más costosos. No en Londres, muchos que tengan esos precios tan enormes. Examinando el registro del segundo hotel de la Avenida Northumberland, ví el nombre de Francisco H. Moulton, un americano que se había marchado el día anterior y cuya cuenta correspondía con la que trajo Lestrade. Había encargado que le dirigieran todas las cartas al núm. 226 de Gordon Square y allá me fuí. Tuve la suerte de hablar al joven matrimonio y de convencerlo que debían explicar al público en general, y á lord Saint-Simón en particular, todo lo



ocurrido. Les invité que vinieran á mi casa, y, según habéis visto, han seguido mis consejos.

—Sin que el resultado haya sido muy feliz— dije.—La actitud de lord Saint-Simón no tenía nada de amable.

—¡Ah, Watson!—contestó Holmes sonriendo—no os ponéis en la realidad de la vida. Apuesto cualquier cosa á que no tendríais mejor humor que él, si después de unas relaciones bastante largas, de una boda ruidosa con una mujer millonaria, os quitaran inmediatamente la mujer y los millones. Creo, por lo tanto, que debemos ser indulgentes con lord Saint-Simón, y dar gracias al cielo por no hallarnos en una situación semejante. Acercáos un poco á la chimenea; tened la bondad de darme el violín y procuremos resolver el único problema que nos preocupa ahora: el de matar dulcemente estas tristes tardes otoñales...

---

## LA DIADEMA DE BERILOS

---

Era una fría y clara mañana del mes de Febrero. Un sol pálido caía sobre la nieve y el suelo centelleaba. En el centro de la calle, los carros, los coches, las caballerías removieron la blancura y la hicieron lodo y charcas; pero en las orillas, amontonada, para dejar libres las aceras, conservaba su pristina candidez. La escoba y el agua pasaron por las losas grises, y al limpiarlas, las hicieron pulidas y resbaladizas como espejos.

Holmes, tumbado en un sillón, fumaba silenciosamente. Yo, apoyado en los cristales del balcón, dejaba vagar la mirada por toda la largura de la calle, desierta desde la estación del Metropolitano hasta nuestra casa. De pronto, y saliendo de una bocacalle apareció un hombre gesticulando, de tal modo, que no pude menos de exclamar, volviéndome hacia mi amigo:

—Venid, Sherlock. Por la calle va un hombre que indudablemente está loco. Su familia hace muy mal dejándole salir en ese estado.